

COLONIALIDAD DEL PODER Y GÉNERO: UNA HISTORIA LOCAL

Zulma PALERMO

(Universidad Nacional de Salta, Argentina)

Palabras clave: Colonialidad del poder, colonialidad de género, diferencia colonial, violencia, racialización.

Resumen: Propongo en estas páginas colaborar en la visibilización de las formas por las que una sociedad provinciana en el norte de la República Argentina articuló el rol femenino desde determinaciones instituidas por la colonialidad del poder (Aníbal Quijano, 2000) desde la perspectiva de la escritura de mujeres. Tal búsqueda tiene acá la expectativa de concretarse por el análisis de las operaciones textuales y discursivas en las que se construye para producir determinados efectos de sentido, postulando que es en esa forma de producción y circulación y en las tramas de la interdiscursividad donde es posible relevar lo que el discurso general oculta o pervierte de manera generalmente no-consciente. Para ello sintetizo, en primera instancia, el funcionamiento del género como una de las formas por la que se ejerce la colonialidad del poder, para luego efectuar un recorrido sobre algunas problemáticas específicas en textos narrativos locales producidos desde comienzos del s. XX.

Mots clefs : Colonialité du pouvoir, colonialité du genre, différence coloniale, violence, racialisation

Résumé : Je propose dans ces pages-ci ma collaboration pour la visibilisation des formes à travers lesquelles une société de province de la République Argentine

détermina le rôle féminin à partir de déterminations instituées par la colonialité du pouvoir (Aníbal Quijano, 2000), selon la perspective de l'écriture féminine. Cette recherche trouve ici l'opportunité de se concrétiser par l'analyse des opérations textuelles et discursives qui la construisent pour produire certains effets de sens, en postulant que c'est dans cette forme de production et circulation, et dans le tissu d'intersubjectivité où c'est possible relever ce qui cache ou pervertit le discours général, d'une façon en général pas-consciente. À ce fin je synthétiserai, dans une première instance, le fonctionnement du genre comme une des formes à travers lesquelles la colonialité du pouvoir est exercée, pour réaliser à continuation un parcours au-dessus de quelques problématiques spécifiques dans des textes narratifs locaux produits dès le début du XX^e Siècle.

Keywords: Coloniality of power, coloniality of gender, colonial difference, violence, racialization

Abstract: This article aims to contribute –from a women's writing perspective– to the visibility of the ways in which the female role has been structured in a provincial society in northern Argentina by means of mechanisms established by the coloniality of power (Anibal Quijano, 2000). Thus, an analysis of the textual and discourse operations by which this role is constructed to produce certain meaning effects is made, postulating that the ways in which discourses are produced and transmitted along with interdiscursivity, reveal what language use hides or distorts in a non-conscious manner. To serve this purpose, a brief summary about how gender is used to exert the coloniality of power is first introduced, and then a description of some specific issues found in local narratives written in the early 1900s is presented.

El recorrido por algunos textos que el canon consagró como "literarios" se orienta en estas páginas a la reconstrucción de momentos de una larga búsqueda de autoafirmación del género y de la sexualidad por la que se persigue romper el molde identificatorio con representaciones de identidad preestructuradas, es decir, de involucrarnos en la experiencia de la significación del género y la sexualidad en la producción de textos y discursos validados culturalmente. Esto hace que el conocimiento emergente del cuerpo textual

que acá se lee no genere un mero “reconocimiento” de un “sentido universal” homogéneo y totalizante ya puesto ahí desde siempre y para siempre, sino una *productividad decolonial*¹ que descentra una doble imagen de autoridad: del varón y del texto-verdad.

Se propone así colaborar en la visibilización de las formas por las que una sociedad provinciana en el norte de la Argentina articuló el rol femenino desde determinaciones instituidas por la *colonialidad del poder* (Aníbal Quijano, 2000)² tejida, entramada, intersectada en ese conjunto de expresiones culturales. Para ello se analizan las operaciones discursivas en las que dicho poder se construye para producir específicos efectos de sentido, postulando que es en esa forma de expresión y circulación y en las tramas de la interdiscursividad/interseccionalidad, donde es posible relevar lo que el discurso del poder patriarcal oculta o pervierte.

La opción por esta forma de interpretación radica en su valor heurístico, ya que posibilita efectuar un cambio radical de perspectiva desde el momento en que no se entiende a los textos en su inmanencia o en su manifestación explícita, sino como entretejidos en los que es posible identificar fenómenos sociales y comprender lo que queda censurado y limitado por la fuerza legitimada y legitimadora de la

¹ Se explicitará esta noción en el desarrollo de la exposición.

² Si bien la bibliografía sobre esta cuestión está ya generalmente difundida, es pertinente recordar que la colonialidad, desde las postulaciones de Aníbal Quijano, “... refiere a un patrón de poder que emergió como resultado del colonialismo moderno, pero que en lugar de estar limitado a una relación formal de poder [...] se refiere a la forma en que el trabajo, el conocimiento, la autoridad y las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza. Así pues, aunque el colonialismo precede a la colonialidad, la colonialidad sobrevive al colonialismo” (Maldonado Torres, 2007: 131).

herencia recibida. Desde el momento en que se parte de entender que existe una relación inseparable entre los discursos y la sociedad, lo que se intenta aquí es relevar el entramado de las manipulaciones socio-discursivas ya que éstas no son sólo el resultado de características internas al discurso, sino de éste y las relaciones sociales que lo engendran (*Vid.* Cros, 1995 y Costa – Mozejko, 2001).

Es también bajo este presupuesto que resulta altamente significativo que sea este lugar: latinoamericano, sudandino, donde se encuentra radicada esta interpelación, espacio doblemente marginal (genérico y racializado) desde el que se busca romper con la tradición canónica de una preceptiva logo-andro-eurocéntrica de procesos que van mucho más allá de lo textual letrado, para dar cuenta de prácticas de vida cotidiana localizadas. Tales prácticas ponen en evidencia los dispositivos que responden a la imposición de supuestos “universales” que sólo se explican por un doble juego de poder: el de la colonización territorial, que va siempre adecuadamente complementada –cuando no sustentada– por la correlativa colonización epistemológica, de donde la subsidiaridad del género forma parte del legado de Occidente, asumido como propio en todos los órdenes coloniales, neocoloniales y aún postcoloniales.

Sintetizo, en primera instancia, la problemática del género, la mujer y la sexualidad como una de las formas por las que se ejerce la colonialidad del poder, teniéndola como punto de anclaje del recorrido por algunos textos narrativos locales a partir de una novela nacida en los albores del s.XXI. Su puesta en diálogo con algunas otras producidas en el transcurso del s. XX, tanto los que la preceden como los que habrán de continuarla, posibilita generar una analítica y una hermenéutica desde la “herida colonial”. Ese recorrido –atravesado de hecho por la isotopía del poder colonial– culmina con la aproximación a una novela dada a conocer muy recientemente y que permite relevar, desde la experiencia del género,

la herida que se infligió al cuerpo social en el largo período de la última dictadura militar en Argentina (1976-1984).

DE LA COLONIALIDAD DEL GÉNERO

En la cultura occidental las palabras marcaron la diferencia cuando las mujeres eran silencio; el chismorreó, el cuchicheo, habían sido su único libro. Fueron palabras ajenas las que conquistaron esa piel, cercaron las tardes de costura, la ropa blanca o los sollozos. Por eso tomar la palabra fue una tarea muy larga porque los sonidos a veces sonaron con la voz ronca del dominio ajeno, hasta que se pudo encontrar el tono justo, el diapason exacto, el ritmo del propio deseo.

El lugar inicial fue el del susurro, con la palabra tomada de la vieja memoria colectiva volcada en la canción de cuna y el relato murmurado al borde de la almohada del hijo para su entresueño; también la ronda y la repetición rimada de juegos ancestrales, único lugar en el que quedaba libre la propia fantasía. Luego vino el grito, la imitación, el llanto hecho denuncia, convulsión en rebeldía, para encontrar, al fin, la inflexión que expresa su propia razón mirada como diferencia.

Si hallar el lugar entre las voces dichas fue difícil, más difícil fue encontrarlo en la escritura –lugar del logos, del valor occidental, del poder y de la estima– espacio en el que se jugaron todas las exclusiones: de los indios, de los negros, los esclavos, las mujeres, todos ellos medidos con el rasero de la inferioridad social, intelectual y humana. Es por eso que la escritura literaria –forma que por excelencia entrama la complejidad de las subjetividades, especie de tejedora que con su lanzadera diseña en el telar el rostro y los gestos de la sociedad en la que surge– no permitió que las mujeres hicieran suyo el código letrado y debió pasar un larguísimo tiempo hasta lograrlo.

Si esto fue así en el contacto por la imposición de la cultura de occidente hacia dentro de sí misma, en el lugar acá explorado geográfico (espacio sudandino) y corropolítico (estar-siendo mujer), proyectó firmemente sus valores en el largo proceso de colonización y colonialidad, consolidando esas prácticas. Es claro que las relaciones sociales, económicas, políticas y de las subjetividades en los lugares y los cuerpos marcados por la *diferencia colonial*³, se han construido sobre una matriz constitutiva que, habiendo adquirido sus fundamentos en dispositivos de gestión y control en el proceso de colonización de las Indias Occidentales en el s. XVI, se perpetúa como colonialidad después de las independencias⁴. Esa matriz colonial sustenta todas las formas de construcción y producción social, las que a su vez se encuentran atravesadas por las relativas a la diferencia masculino/femenino regulada por el sistema patriarcal que, en este dominio, controla doblemente según venimos insistiendo: por el género y por la raza. De modo que es en la diferencia género/raza donde el Otro es apresado en una totalidad masculinocéntrica, negando la existencia de la mujer en su propia alteridad y sexualidad (Escobar, 2005).

Desde similar lugar de enunciación, María Lugones⁵ amplía el sentido de la matriz colonial de poder propuesta por Quijano, por entender que ésta –si bien tiene un alto valor heurístico– si-

³ “Consiste en clasificar grupos de gentes o poblaciones e identificarlos en sus faltas o excesos, lo cual marca la diferencia y la inferioridad con respecto a quien clasifica. La colonialidad del poder es, sobre todo, el lugar epistémico de enunciación en el que se describe y se legitima el poder. En este caso, el poder colonial” (Mignolo, 2003:38) que –aclaro– se ejerce en simultáneo sobre el género.

⁴ Ver nota 2.

⁵ Teórica y activista del movimiento “Mujeres de Color” en U.S.A. que incluye a todas las mujeres subalternas víctimas de múltiples dominaciones.

que adherida a una concepción masculinocéntrica del género y la sexualidad; en su concepción, por el contrario, lo que existe en las sociedades subalternizadas es un “entramado” (entendido como la relación entre hilos y trama en un telar) que impide la separación de sus componentes; así género, raza, sexualidad y trabajo resultan inseparables en la vida cotidiana (2008).

Es, precisamente, porque no existe cuerpo sin condición de género como no existe cuerpo sin condición de lugar social⁶, que cada texto –y aún cada enunciado en el texto– cobra singular sentido al indagar esa condición ya que, de lo contrario, se consolidaría el posicionamiento de las prácticas políticas normativas masculinas que se ven a sí mismas como “sin atributos” y universales. De este modo, el género no es algo de lo que se pueda ser ajeno/a ya que no se trata de una lente analítica que se pueda obstruir o desplegar según sean los genitales y/o las prácticas sexuales de la cultura a la que pertenece. Es por eso que reflexionar sobre la colonialidad del género en el aquí y ahora no puede reducirse a la población femenina y/o a los grupos y organizaciones que luchan políticamente por ello, porque se estaría reproduciendo el estudio de las formas por las que los otros (hombres) tratan a “sus” mujeres y a “sus” homosexuales. En cambio se trata de cómo la sociedad en su conjunto se compromete para desarticular la herida infligida por la colonialidad desde la perspectiva de género, ya que

con seu vasto elenco de novos conhecimentos sobre a história, as ideologias da cultura e seus campos de saber, tem produzido reinterpretações da literatura sobre mulheres, seja escrita por homens ou por mulheres. E é nos

⁶ Como explicita Mikdashy (2012).

processos crítico-interpretativos de releitura de romances representativos da literatura do passado que padrões de comportamentos e agenciamentos narrativos tornam-se visíveis, fazendo com que nós, leitoras, tomemos consciência das presenças e ausências que estruturam os textos e definem os limites que pensávamos conhecer (Schmidt, 2012: 243-244).

UN RECORRIDO “LOCAL” EN EL CONTEXTO “GLOBAL”

Buscando las formas por las que la sociedad local ha modelado las representaciones de sí misma, es que recorremos acá –fragmentariamente– un corpus textual producido por la escritura femenina durante el s. XX, desde donde se exhibe la imagen para nada tranquilizadora de una formación de la subjetividad colectiva que moldeó el imaginario local desde los comienzos⁷. Si es posible reducir a unos pocos enunciados las vicisitudes de la diferencia –de género, de raza, de clase– éstos se orientan a los disvalores del sometimiento, la proscripción, la negación de la voz y de los cuerpos y la imposición del analfabetismo, bajo la detención del poder blanco, occidental, masculino, racional, letrado, es decir, de la diferencia colonial.

Es éste el orden que rige nuestra lectura de la novela *Cielo de Tambores* de Ana Gloria Moya⁸, que entrama un orden social organizado por la lucha entre masculino-hombre-macho / femenino-

⁷ Un recorrido similar fue concretado por Amelia Royo (2006) desde otra perspectiva; en ese artículo se remite también a estudios críticos precedentes sobre estas novelas.

⁸ Premio Pro Cultura Salta 2001 y Sor Juana Inés de la Cruz, Guadalajara (México) 2002, publicado por Emecé, Buenos Aires, 2003.

mujer-hembra⁹, oposición que se constituye en el epicentro narrativo dominante en esta novela y que se entrama en todas las formas de control del poder enunciadas en los textos acá leídos: conquistadores / conquistados, godos / nacionales, capital / provincia, constituyendo así un núcleo de sentido consolidado en el tiempo, a pesar de las transformaciones que éste impone.

Esta lógica binaria responde al paradigma moderno-colonial y se encuentra, a su vez, presidida por otra de orden mayor: la problemática confrontación axial entre Eros y Thánatos, Vida y Muerte, polos tensionales en los que se juega el erotismo concebido desde esa cosmogonía. Es desde el erotismo así entendido, de su represión o su liberación que toman forma estas representaciones literarias que han ido entramando distintas modalidades expresivas de la pasión: amor, desamor, odio, des-odio.

En *Cielo de Tambores* se instala la mudez que caracteriza el espacio femenino en el tiempo de los comienzos, tiempo de ancilaridad, murmullos y secretos en la duermevela de la clausura familiar. Es la cara oscura de la sociedad, la variante afroargentina la que concentra el discurso, pues gran parte del relato está puesto en boca de María Kumbá¹⁰ —la otra es la de un varón mestizo en su desvelo por poseerla— ficción de una mulata rioplatense, soldadera de uno de los héroes controvertidos y a la vez paradigmático de la independencia

⁹ Desde la perspectiva decolonial de género, “mujer” selecciona como norma a las hembras burguesas blancas heterosexuales, “hombre” selecciona a machos, burgueses, blancos, heterosexuales [...] Entonces, se vuelve lógicamente claro que la lógica de separación categorial distorsiona los seres y fenómenos sociales que existen en la intersección, como la violencia contra las mujeres de color” (Lugones, Op. Cit.: 82).

¹⁰ La autora, en nota de solapa, manifiesta: “... a mí me vino a buscar María Kumbá. No sé porqué me eligió”.

nacional, Manuel Belgrano, en su campaña defensiva del norte argentino. En ella se esboza el discurso de la otredad mulata, por primera vez lugar central en el sistema literario que nos ocupa¹¹. Antes, sólo una voz había incorporado metonímicamente la simetría entre género y negritud; se trata del poemario de Teresa Leonardi Herrán, *Blues del Contraolvido*¹², en el que el desgarramiento de la no-existencia alcanza tono mayor, con un ritmo que evoca el lamento en los algodones, ritmo a la vez de rebeldía y de espera. En estos *Blues* la encarnizada lucha entre los géneros se exhibe con angustia pues la escritura aquí es concebida en el difícil tiempo de las tiranías, cuando todas las censuras y todas las formas represoras del antropocentrismo alcanzan su máxima potencia y que, según veremos, se despliega en el hiper-realismo de una novela de reciente escritura, *Paisaje de final de época*, de Gloria Lisé¹³.

Cielo de Tambores instala esta lucha más atrás en el tiempo cronológico, en el momento de la transición de la sujeción colonial a la nunca alcanzada autonomía y se dice en la voz-mirada de muchas diferencias, en particular la criolla y la afro, con cadencia de oralidad y con sabor a pueblo. Al tomar la decisión de inscribir las voces de los márgenes, incluye también –aunque tangencialmente– otra fuerte borradura: la del indio, el otro marginado de todos los derechos, que fuera “carne de cañón” para las guerras, pulmón de la Patria que nacía; negros e indios expulsados de la civilidad por muerte física o social y la mujer, sin distinción aquí de clase ni de

¹¹ Refiero sólo a los textos canónicos pues es probable que haya otras expresiones por fuera del reconocimiento institucional que asumieran ese discurso.

¹² Publicado por primera vez en el año 1991.

¹³ Todavía inédita, mereció el Primer Premio en el concurso convocado por la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.

raza, todas oprimidas, incluidos en esa no-pertenencia, en ese no-ser reconocible, en su exclusión de la escena social.

Estas diferencias ya estaban presentes en otra novela de mujer, *Augustus* de Liliana Bellone (1993)¹⁴, que inscribe la asfixiante atmósfera provinciana, sus conflictos internos, sus pequeños dramas cotidianos desde una conciencia femenina blanca, lúcida y rebelde, atrapada en el atavismo del género, despreciada, condenada a la muerte social por haber dejado que su cuerpo, hecho cuerpo de deseo, se abriera a la pasión y al goce. Tal condena, emergente de la puesta en crisis de la cultura androginocéntrica recae sobre los cuerpos excluidos y abandonados a la más absoluta soledad.

La escritura queda así atravesada por la cultura blanca masculina y letrada, valor que se encontraba antes ya inscripto en la narrativa de Zulema Usandivaras de Torino¹⁵, voz-mirada-memoria testimonial de la pervivencia hispano-colonial en pleno s. XX. En esta inscripción, la fuerza y rebeldía no se encuentra en la asunción de la palabra, sino en los actos mismos. Si el discurso traduce su pertenencia a la cultura blanca de raigambre hispánica, lo que distingue a esta escritura es su falta de autocensura; hay en ella una casi desenfadada, aunque ingenua, forma de contar aquello de lo que todavía no se habla: el propio cuerpo, la fuerza del deseo, la pulsión vital de la sexualidad. Por lo tanto, aún sin voz definitivamente propia, es en el hábil juego de los roles que se producen modificaciones internas a los sujetos femeninos dando lugar, así, al fascinante juego ambivalente con el que las mujeres se instituyen en dominadoras del espacio familiar, en “reinas del hogar” y, por esa misma vía, en señoras del poder

¹⁴ Premio Casa de las Américas, Cuba, 1993.

¹⁵ *La Esposa* segundo premio otorgado por la Fundación del Banco de Noroeste, Salta y publicada en 1998.

doméstico en el que otras mujeres –las de “color”– quedan atrapadas.

Por ese mismo tiempo la escritura de mujeres va inscribiendo otros testimonios de una transformación lenta pero decidida; aparece también en la escena de la “siesta provinciana”, en la atmósfera agobiante de las clausuras de las casas y los cuerpos, el principio de cambio social que significa la inserción de la inmigración italiana en un territorio monopólicamente hispanico. Las narrativas de Martha Grondona¹⁶ y de Liliana Bellone, a la que ya antes aludía, perfilan esta casi imperceptible modificación social enunciada desde el “rumor”: todavía no es posible hablar sino solamente cuchichear sobre aquello que el discurso oficial –predominantemente masculino y blanco– aún proscribire. Se va diseñando así el tránsito de una estructura social de rígidos contornos a otra menos sometida a las regulaciones preexistentes, pero dominada también por el paradigma de la modernidad; la escritura señala con acento crítico las particularidades de la fuerza inmigratoria y sus estrategias de asimilación a la cultura criolla. Así lo entiende Bravo Herrera¹⁷:

Bajo la autobiografía y su simulacro literario, la escritura se conforma, pues, como búsqueda de una identidad que se desea y se necesita reconstruir porque ésta se ha fragmentado en el exilio, desplazando al sujeto y poniendo en crisis su conformación, a través del reconocimiento y la instauración de la «otredad» en la «mismidad». El espacio, definido como margen y como frontera, no solamente

¹⁶ *La Mala Leche* (1993).

¹⁷ Bravo Herrera propone una lectura de esta novela que abarca los efectos socioculturales de la inmigración, en el contexto de la producción latinoamericana (2012).

indica una localización del sujeto, sino una condición de desterritorialidad y de periferia cultural que se inscriben en el espacio ideológico y en la conciencia de la identidad (2012, s.p.)

Retornamos ahora a *Cielo de Tambores* en la que se despliega la colonialidad del género en su múltiple ejercicio; allí circulan todas las voces soterradas pues la escritura asume todos los silencios, aún el de los hombres otros, envueltos en las sombras de la marginación y del olvido. Asume, así, una doble conciencia: la de la mujer, vista desde la misma conciencia femenina, pero que incluye la del “otro” en tanto que ese “otro”, cuando se apropia de la voz de la mujer, lo hace con valor de hegemonía.

Esta “conciencia masculina” fue el lugar desde el que la incipiente crítica argentina evaluó la producción de una pionera, Juana Manuela Gorriti, legitimada sólo por su pertenencia al sector de los “proscritos” y por “los inmensos quilates de [su] sensibilidad femenina”, cuyo “generoso pecho está destinado a abrigar y alimentar al hombre en sus primeros días”; sin embargo, la opinión sobre su prosa gira en torno a la desvalorización y la condescendencia masculina ya que es considerada “declamatoria y errabunda”¹⁸. El desconcierto y la desconfianza que introduce la presencia femenina en esta instancia, los actos pioneros que quiebran el monólogo imperante a fines del s. XIX, lleva a su negación y a su olvido. Es que el discurso social dominante no pudo convalidar una escritura ambivalente y además

¹⁸ La figura y la producción de esta mujer, considerada la primera escritora que irrumpe en la escena letrada –y comparada reiteradamente con Simone de Beauvoir– ha dado lugar a reinversiones y a variados estudios críticos en el contexto académico argentino (Cfr., entre otros, Royo, 1999; Palermo, 1999).

contradictoria que, al mismo tiempo que legitima las prácticas sociales de la clase dominante desde el pacto autobiográfico con el que construye su memoria, instala el discurso de la otredad desde la vivencia de la propia marginalidad de género. Otro tanto ocurrió mucho después, en el campo literario de la década del '60, cuando ya se ha producido un vuelco sustancial en las poéticas locales, con la presencia autónoma y enérgicamente femenina de la poesía de Teresa Leonardi –según decía– que surgió solitaria en aquel escenario como una voz altamente subversiva¹⁹.

DE EROS Y SU METAMORFOSIS

Durante ese largo tiempo de silencio, tiempo de aparente recogimiento detrás de una escritura de mujeres que, aún avanzada la primera mitad del s. XX, se encuentra atravesada todavía por el discurso del “amor sublime”, se van produciendo las transformaciones que veíamos se inscriben recién en la segunda mitad del s. XX en las novelas de Grondona y Bellone.

La imagen de “ángel del hogar”, de mujer sin cuerpo y sin deseo, proyectada desde el imaginario religioso, circula “al revés” en la narrativa de Martha Grondona, en la que ese ideal femenino se quiebra para dar lugar a su inversión: sólo por el travestimiento es posible acceder al propio lugar, ensayar la propia voz, intentar localizar el propio cuerpo en un lugar visible. Así, *La Mala Leche* da cuenta del proceso mismo de transformación a través de tres

¹⁹ Es pertinente recordar acá la preexistencia de otra voz de mujer, la de Sara San Martín de Dávalos, en la generación del '40, que circula por fuera de la tradición poética de corte místico ejercida por poetas blanco-oligárquicas desde principios del siglo XX.

generaciones, desde donde es claramente perceptible la situación de transición, mediatizada en la enunciación novelesca: o se es "mujer" con adecuación al código vigente o se invierte el rol para asumir el del otro, masculino. No obstante, tal inversión se dice todavía desde una conciencia femenina que no llega a definirse en autonomía.

Se construye acá –ya antes quedaba señalado en las páginas de Usandivaras– una importante crítica a la institución social del matrimonio: en *La Esposa*, la fidelidad femenina queda cuestionada como valor moral pues no hay sanción para la “casada infiel” sino al contrario, un azaroso triunfo de la posibilidad de decisión sobre el propio cuerpo. En *La Mala Leche* queda definidamente delineada la asimetría de la regulación, aún cuando no sea posible transgredirla: se exhibe sin tapujos la triangulación relacional en que la esposa, guardiana del hogar, se rebela ante los múltiples vínculos de los “hombres de la casa”, una vez más haciendo, no diciendo, actuando para definirse.

En *Cielo de Tambores* esa subalternidad queda anulada: los vínculos por eros no están sujetos a ninguna institución y las triangulaciones juegan en todos los sentidos para alcanzar, en otra instancia, valor casi simbólico. Se traman simultáneamente intensos vínculos entre los mismos personajes, vínculos que señalan fuertes luchas: el que ata la sierva mulata a su heroico amo blanco, marcada por la extrema diferencia; el que atrapa al mestizo seducido por la misma “hechicera”, igualados en la marginalidad; la serena relación que enlaza con ternura a dos iguales hasta más allá de la muerte, único entre todos de los que fuera instituido. No es, entonces, arbitrario que en la figura del amo se reduplique la del marido muerto y se instale allí el sentido de otra fidelidad: la de la amante.

Para dar el salto de “el ángel del hogar” a esta “plenitud de la persona”, a este engeneramiento, han debido de pasar nada menos

que casi cinco siglos. Aquí el deseo como pulsión vital –según decía– concentra el sentido de todas las acciones. Es erotismo femenino en sus múltiples formas, y proyectado a todas las secuencias narrativas y a todos los actores, es pasión demoledora, pero también curativa; es odio y paliativo; es piel y afectividad; es confrontación armada y embate sexual. La mujer, de ser objeto, ha pasado a ser sujeto de deseo, de la pasividad a la acción; de ser elegida a elegir.

Este empoderamiento va aún más allá en la novela de Bellone donde la imagen de sí que dibuja la voz narradora se desdobra en espejo como forma metonímica de representación social de la que es figura: de un lado del espejo, todos los estereotipos; en su reflejo, la imagen de la ruptura con ellos²⁰. Desdoblamiento que, tensando el arco interpretativo, rompe también con la mirada del mandato heterosexual, al decirse deseante del cuerpo de la “hermana”, de sus formas perfectas, de su sensualidad intensa y desbordada:

Me miro en la luna del armario y veo tu perfil en mis parpados, en mis labios. No sé, ahora, Eugenia, si sos vos o soy yo la que me mira desde el cristal [...] Es como si estuvieras en un pozo profundo y mi reflejo fueras vos... Tus labios, tus cartas, tu pasado. Miro tus cartas, las leo una y otra vez... (Bellone, 1993: 44).

²⁰ Según Silvia Barei, “... el otro es mi semejante, mi espejo. Para saber lo que soy, para reconocermé en mi estatuto de sujeto, es necesario que mi mirada pase por la de alguien que me mira [...] El otro es mi doble, o más precisamente mi espejo. No mi propio yo, sino más bien alguien cuya aparición, entrevista en un juego de reflejos, contribuye a hacernos ser lo que devenimos”, con reminiscencias lacanianas (2008: 11).

En ese “ser una en dos” el discurso efectiviza el lado pasional del vínculo produciendo un fuerte efecto de realidad porque se dice aquello de lo que socialmente no se habla:

...estás sentada junto a Pablo en la escalinata, escondida tras las begonias en camisón, besándolo. El te acaricia los hombros [...] Estás hermosa en tu encaje que apenas te cubre. Vuelo. No tengo cuerpo, me acerco y ninguno de los dos me ve y presencio las caricias, tus caricias, hermana. **De pronto yo estoy acariciándome en un lugar fosforescente de la noche...** (Bellone, 1993: 45)²¹.

Así como ha mutado el modelo incorpóreo amiga-ternura por el muy carnal de la amante-pasión y de la autocomplacencia en esta novela, en *Cielo de tambores* la mirada sobre el rol materno se ha reconcentrado para adquirir otra magnitud. Ya no se trata de sublimar con estrategias enmascaradoras la ambigüedad del sentimiento más contradictorio: la entrega y el rechazo propio que desgarran a la mujer en el acto mismo de ser madre²², sino de asumir el pathos que implica su legado. Nada más explícito que en el discurso de María Kumbá:

Cuando le pusieron su primer hijo sobre el vientre, carne de chocolate, unidos todavía por el cordón que asomaba entre sus piernas, ¡qué hembra se sintió! Y por un mágico instante fue un eslabón más con todas las que, desde los

²¹ Bastardillas en original. El destacado es mío.

²² De excelente factura en la novela de la escritora porteña María Rosa Lojo, *Una mujer de fin de siglo* (vid. Palermo, 2007)

comienzos de los tiempos, dieron a luz dando la vida.
(Moya, 2003: 117).

“Sentirse hembra”, jerarquizar la condición corporal y sexual de la gestación, es oponer el cuerpo a la espiritualidad significada desde la imagen de la madre-virgen, del ángel hogareño. Al mismo tiempo, ser “un eslabón más” en la cadena genética revaloriza el rol reproductivo femenino, sin que se pierda por ello esa otra variante, factor prioritario y tal vez único desde el discurso dominante: la afectividad, “dieron a luz dando la vida”. La maternidad está ahora sostenida como función biológica ligada genéticamente al género y plena de valor eufórico. Nada más lejos de estas validaciones que aquellas acuñadas por la iconografía religiosa o la escritura moralizadora de tan larga duración. La afectividad, el “sentimiento materno”, tiene también una fuerte impronta sensorial, sensual, que ratifica la corporeidad de la mujer:

Cierro los ojos y siento sus bracitos en mi cuello... Hasta me viene el olor a ternero mamón que tanto me gustaba. Para hacerlo dormir, lo acunaba sin cansarme, por el puro gusto de olerlo y olerlo hasta quedarnos los dos dormidos como si fuéramos uno (Moya, 2003: 106).

Más allá de esto, y en el nivel simbólico, la maternidad se vuelve también parición de la Patria, allá en el 1800, amasada con la sangre y la carne negra de esta emblemática María Kumbá y de los suyos.

También, decía, se pone en juego la estrategia de la seducción: en la figuración de la Negra se actualiza el sentido de la hechicería que adquiere una fuerte ambigüedad y una indudable polisemia. Ya Martha Grondona inscribía el valor cultural de esta cura dicha desde la conciencia etnocultural; acá ejerce una fuerte atracción de lo

distinto tanto por la raza como por la impronta de la sexualidad: la negra “embruja” tanto para la cura como para la muerte y, al mismo tiempo, para atraer al varón en su apasionamiento y no hay sanción para ello, sino puesta en discurso de la racialización de la cultura .

LA POSESIÓN POR LA PALABRA

Decía más arriba que, en el caso de la narrativa de Grondona, la voz se masculinizaba para encontrar la posibilidad de un decirse. En la de Bellone voces de mujeres y de hombres quedan identificadas de modo tal que sólo por virtud de ellas se va construyendo la diferencia, en una inscripción casi auditiva: “Pablo y Angel Iriarte *eran dos voces gruesas*, como de ronquidos de la tierra. Sus palabras no tenían forma, eran un sonido uniforme que iba envolviéndolo todo: la sala, las lámparas, tu mirada y *la mirada de papá*” (Bellone, 1993: 55)²³.

El poder absoluto encarnado en la figura paterna no es otro que el que estigmatiza desde la colonialidad del poder; de allí que – como entiende M. Lugones– el sometimiento del género atraviesa todas las otras formas de producción propias de la matriz colonial. Para dar cuenta de ello el enunciado “papá decía que...” se reitera moldeando los cuerpos y las mentes porque antes de todo, en el comienzo mismo: “...tu perfil y tu piel habían sido el ideal de papá que te había modelado como a una porcelana” (Bellone, 1993: 54).

La narración a cargo del yo femenino, al desdoblarse en ese juego de espejos al que antes refería, dialogando con la otra de sí misma, la gemela, la idéntica por oposición a la ajenidad de lo masculino,

²³ El destacado es mío.

genera un desdoblamiento de conciencia, fluencia de un tiempo casi heracliteano, en el que la vida de las mujeres dibujadas en el texto es puro despojo y soledad. En una sociedad en la que los hombres mueren violentamente, ellas siguen transitando los días para irse diluyendo poco a poco hasta transformarse en polvo evanescente.

La muerte del padre y la posterior dilución de las mujeres blancas-amantes-sacrificiales, abren el espacio para otro decir y la instalación de una realidad “otra”: la que pone en la escena narrativa Teresa Guaymás, la sirvienta criolla que poco a poco va ocupando el espacio del poder, el de los pobres. De ese espacio forman parte también los hermanos Iriarte, a los que aquellas (las blancas) se entregaron y por lo fueron condenadas, ya que

...deben hacer el amor muy bien, mejor que los ricos porque los pobres saben hacer el amor mejor que los ricos, pagando alquiler, debiendo, tomando mate, sin comer, lo hacen mejor, en camas alquiladas en la penumbra de un cuarto de pensión, a cualquier hora para después seguir trabajando sin un peso para hoy ni para mañana y el amor solamente para poder continuar la vida... (Bellone, 1993: 123).

En la novela de Moya –por su parte– se ha producido otra transmutación: la conciencia masculina se dice desde la femenina en una apropiación que era exclusiva de la escritura producida por varones. Hasta que las mujeres ejercieron el poder de la escritura, decíamos, eran habladas por los hombres, regulados sus actos por leyes escritas por los hombres, soñados sus sueños en invenciones de los hombres. En la instancia que construye *Cielo de Tambores* la escritura de autoría femenina asume –cuando es necesario– la voz del varón y habla por él, construye su imaginario, explora en

su deseo. Puede decir: “La desesperación por hacerla mía llegó a desarticularme el cuerpo y el alma [...] y, gracias a mi calentura, Saavedra se quedó sin mis informes...” (Moya, 2003: 90). La voz del cronista bélico, del maquinador político, del especulador ambicioso, se erige en toda su masculinidad, pero por momentos se atenúa, se insinúa su borradura, trasluciendo su “lado femenino”, ya que se lee una alternancia significativa entre esas páginas y otras más bien preñadas de una afectividad sólo atribuida a lo femenino: “Fue una mañana iluminada por el sol y los sueños” (69).

La apropiación de la voz masculina, la posibilidad de hablar *por* el otro y no *con* la voz del otro, instala en el rol un equilibrio que señala ya aquí –al menos en la materialidad de la escritura– la imperiosa necesidad de proyectarse a un estado de sociedad distinto: se igualan los roles en la posesión de la palabra; los cuerpos en la liberación de los sexos; la actitud rebelde ante la opresión del poder patriarcal y hegemónico.

SEXO, PODER Y VIOLENCIA

En esta huella que va dejando la escritura de mujeres en la memoria social, la fuerza del poder colonial se inscribe de otro modo en la narrativa de Gloria Lisé²⁴. Precedida por *Viene clareando* (2005) en la que “la historia que se narra pone ante los ojos la devastadora fuerza del poder político que socava los soportes morales de la sociedad a través de la mirada sensible de una mujer que, habiéndola padecido, es agente involuntaria de las acciones que padece, atrapada en la trama que le impone la *doxa*” (Palermo, 2009: 196),

²⁴ Seudónimo con el que firma su producción Gloria Kulisevsky.

Paisaje final de época (2012), localizada como aquella en el difícil tiempo de la posdictadura, cuando “una angustia de teléfonos y cartas interceptadas flotaba sobre el Atlántico” (2012: 26), exhibe otras de sus perversiones.

La narración –presidida en cada capítulo por poemas de Teresa Leonardi, reconociéndola así como la mujer/escritora pionera en las luchas políticas de liberación– se localiza para dar re-existencia a los actos genocidas y postularse en mirada crítica que reclama la justicia negada y los sinsabores acarreados por la desmemoria y el olvido²⁵. Varias son las marcas de la colonialidad del poder con su violencia y de las distintas formas de su ejercicio que se inscriben en la novela: desde las prácticas coercitivas imperantes hasta sus formas de legitimación por el sistema jurídico o por el señalamiento de su ausencia.

Si en la colonia se negó humanidad a los cuerpos y las culturas preexistentes a la conquista para someterlos a la explotación y a la muerte, en los años dictatoriales la violencia del poder se impone con estrategias distintas pero destinadas al mismo fin. Al considerar a los “otros” –ahora subversivos– como “diferentes”, ideológicamente inaceptables, incapaces de respetar el orden establecido, se los considera “peligrosos” y sujetos por ello a desaparición, tortura y muerte. Del mismo modo, así como en el sistema de encomienda los hijos y los hijos de los hijos de los sometidos, debían ser convertidos,

²⁵ Las referencias son directas: a la Ley de Punto Final dictada durante el primer gobierno democrático y la no judicialización de los responsables del genocidio dictatorial. Es interesante señalar, en este sentido, que tiempo después –en los últimos años– esto se ha invertido. El Estado Nacional está concretando los juicios contra esos personajes al derogar esas leyes y activar, con la autoridad que lo inviste, el ejercicio jurídico de los Derechos Humanos.

catequizados y civilizados, en estos años de la segunda mitad del s. XX, los hijos y nietos fueron arrebatados de sus matrices para entregarlos a la “sana custodia” del sistema. Así como en los comienzos los territorios fueron apropiados y repartidos, los agentes de la dictadura impusieron el mismo “derecho” sobre las casas y los bienes de los considerados “enemigos” como efecto de lo que dieron en llamar la “guerra sucia”. Así como las mujeres fueron sometidas a doble servilismo (de raza y de sexo), en esta actualización de la violencia quedaron sujetadas a los deseos de los detentores el poder, detrás de las máscaras de un patriotismo que escondía el desenfreno y el exterminio.

La cultura dictatorial deja una herencia que recae sobre la sociedad en su conjunto, atrapada en las redes del poder ejercido, sobre todo, contra los estigmatizados, los desposeídos, los no letrados, los que saben que la justicia en lugar de protegerlos, los ignora: “Habían llegado otras cédulas [...] para correrlos de la tierra que ocupaban, para volverlos a esas tierras, para sacarlos otra vez, y al final nunca había pasado nada” (Lisé, en prensa)²⁶.

De este modo, la novela hace acá visible el lado oculto que imprime la violencia en todas sus formas y particularmente la de género, pues no sólo se pone en texto la represión del estado dictatorial y genocida contra todo aquél que se sospechara opuesto a sus designios –“La cacería del hombre había comenzado hacía varios días y él escapaba, de calle en calle, de oscuridad en oscuridad” (Lisé, en prensa)–, sino que exhibe la prostitución real o enmascarada del cuerpo femenino violentado. De este modo, con una desnudez próxima a la del hiperrealismo, la historia narrada ficcionaliza creativamente no sólo el imperio del poder, sino también la resistencia que a él se opone. Es

²⁶ Cito por el texto tipeado ya que todavía se encuentra inédito.

por esa vía que el relato abre resquicios sobre el pasado inmediato, como los cuadros adquiridos por Águeda –personaje en el que se centraliza el relato– en el Chile que mató a Neruda, ventanas que se abren para “mirar” la historia de América Latina²⁷.

Centrado el discurso en la representación de las mujeres blancas y burguesas, se despliegan las formas con las que deben cumplir el mandato legado por sus madres –alcanzar la independencia económica y formar una familia– acabadamente cumplido por esta generación de los '80, dejando en claro la enorme distancia que existe entre emancipación y liberación; la primera alcanza sólo a cubrir la superficie de las conductas sociales en tanto que la liberación –presente en todo el relato por la recurrencia al discurso de su filosofía– no se alcanza. Desde el ángulo político, la revolución fracasa, desde el del género, las mujeres quedan sujetas a elecciones no deseadas:

- Decime, ¿si hicimos todo lo que teníamos que hacer, dónde fue que nos falló el boleto para el parque de la felicidad? Cumplimos, cumplimos, ¿y...?
- Y qué querés que te diga, Silvi, mi vida no es más que un montón de obligaciones que cumplir, cuentas que pagar, hasta las vacaciones ya son un esfuerzo para mí.
- Y de pasión, ni hablemos.
- ¿Qué era eso?
- ¡Otro buzón! (Lisé, en prensa).

²⁷ No puedo menos que traer acá la presencia de la magistral novela de Ana Pizarro, *La luna, el viento, el año, el día* publicada por el FCE en 1994, en la que se reconstruye la historia colectiva desde la conquista hasta la caída de los regímenes dictatoriales de la segunda mitad del s. XX.

En ese contexto, sólo Águeda encuentra la liberación al conjuntar en ella las acciones de lucha contra la represión y la entrega amorosa a un cura militante de esa práctica, sacrificado en aras de la defensa de los perseguidos. La retórica²⁸ elegida para discursivizar el encuentro amoroso de la entrega en simetría, en la que ambos “pudieron expresar la tensión que los unía, que era la de un hombre y una mujer, *al parecer convocados por la misma vocación musical...*” (Lisé, en prensa)²⁹, es la opuesta a aquella con la que se narra la entrega sacrificial de la mujer para encontrarlo y que es dicha así por la voz del jefe policial que la concreta:

Dios existe, pensaba el Turco Omar, lo premiaba por haber tomado la determinación correcta –“patria y honor”, “patria o muerte”– y ahora le regalaba en bandeja el postre, este budín de pan acaramelado con arropo de tuna por los servicios que él prestaba a la Nación ¡Qué hermoso era el poder, qué hermoso era tener tanto poder!, valía todos los sacrificios, todas las humillaciones por las que había pasado en la carrera militar. *Este era el paraíso, ser tan macho y tener tanta autoridad; constatarlo casi lo hacía llorar de emoción. Una vida entera valía ese momento* (Lisé, en prensa)³⁰.

²⁸ “... las figuras del otro son siempre inquietantes y generan retóricas propias, un vocabulario a menudo invisible e interiorizado por los sujetos culturales en donde es posible leer formas de cognición e ideologías que diseñan expresiones clasistas (*se comporta como un villero*), sexistas (*esa mina es una jегua*), o racistas (*me dio un trabajo de negro*), aún entre aquellos grupos más ‘progresistas’ que se suponen no discriminadores” (Barei, 2008: 29). Cursiva en el texto.

²⁹ El destacado es mío.

³⁰ Ibid.

La unión por la música metafórica, en el primer caso, la armonía y la belleza del encuentro de los cuerpos que complementa la entrega a la lucha por la causa; en contrario se erige la voz del macho que, en soledad, hace del encuentro un instrumento para el puro placer que ofrece la tortura y la anulación del cuerpo ajeno.

De este modo, la novela reproduce en pleno s. XX la reducción de la mujer –en principio la mujer blanca– a las dos funciones básicas que se le ha impuesto desde las políticas de la colonialidad: la reproducción y preservación de la familia y la entrega de su cuerpo al sexo forzado, propio de las políticas que marcaron los rumbos desde los tiempos de la conquista y del imperio; dicho de otro modo, la novela textualiza la vigencia irreductible de la colonialidad del poder y la incesante lucha popular por su liberación.

FINAL DEL RECORRIDO

Esta incursión fragmentaria por las últimas décadas de escritura femenina en la ciudad de Salta, ha puesto en evidencia que, en sus distintas variaciones, se trata de la búsqueda por redefinir el lugar de la mujer; es también su afirmación como fuerza de preservación de la memoria, memoria de género a través de una perspectiva crítica que no busca solamente la igualdad entre los géneros sino la puesta en acto de la diferencia impuesta por la herida colonial.

Es claro que la escritura –como afirmábamos al iniciar el recorrido– no habla por sí o sólo desde su autorialidad, ya que entrama en lo narrado y en su discursividad la ideología dominante en la cultura³¹. De allí que este cuerpo narrativo sea la representación

³¹ Al respecto explicita Díaz-Diocaretz: “Situado entre el sistema cerrado de silenciamiento de la mujer en la mudez cultural producida por el poder del patriarcado y

de lo que el sujeto social localizado en este lugar del mundo, es y piensa. Por eso encontramos que –como “espejo” de esta sociedad– dan re-existencia a la expresión de las mujeres otras que todavía no pueden decirla con voz propia.

La crítica decolonial que se lee en este cuerpo narrativo se inscribe desde la situación de esa parcialidad social que, aún siendo válida y necesaria en sí misma, necesita ser complementada por la experiencia vivida de esas mujeres “otras”. Más allá de ello, estos textos apuestan a una necesaria, imprescindible utopía, en la convicción de que todavía no es demasiado tarde para la construcción de un mundo en el que haya lugar para tod@s, sin asimetrías ni desvalorizaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAREI, S. (2008), “El otro en clave retórica”, *Pensar la cultura III. Retóricas de la alteridad*, Córdoba, Grupo de Estudios de Retórica, pp. 9-34.
- BELLONE, L. (1993), *Augustus*, Havana, Casa de las Américas.
- BRAVO HERRERA, F. E. (2012), “(Des)articulación de memorias, soledades y exilios: Augustus y Fragmentos de Siglo de Liliana Bellone”, *Quaderni di Thule*. Rivista italiana di studi americanistici. Atti del XXXIII Convegno Internazionale di Americanistica. Perugia: Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano” Onlus, pp. 789-800. CD-Rom. [I.S.B.N. 978-88-903490-4-1].

la infinitud de la posibilidad discursiva, el ‘yo’ textualiza y crea al sujeto-que-escibe en una semiosis de acontecimientos trans-referenciados. El texto viene a modificar la esfera discursiva prevalescente; es una instancia que separa el yo (con respecto al texto) en las cuales este yo adquiere nuevas relaciones en el campo más amplio de los textos de la cultura” (1991:134).

- COSTA, R., MOZEJKO, D. 2001, *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario, Homo Sapiens Ed.
- CROS, E. (1995), *D'un sujet à l'outré: Sociocritique et Psychanalyse*, Montpellier: Ed. du C.E.R.S., Études sociocritiques. [Versión española: Buenos Aires: Corregidor, 1997].
- DÍAZ-DIOCARETZ, M. (1991), "El sociotexto: el entimema y la matriherencia en los textos de mujeres", M-P. Malcuzyński (Ed.), *Sociocríticas, Prácticas Textuales, Cultura de Fronteras*, Amsterdam, Rodopi, pp. 129-143.
- ESCOBAR, A. (2005), "'Mundos y conocimientos de otro modo'. El programa de investigación modernidad/colonialidad latinoamericano", Escobar, *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia*, Universidad del Cauca y reproducida en *Tabula Rasa. Revista de Humanidades* N° 4, enero-julio del 2006, Univ. Colegio Mayor de Cundinamarca, pp. 51-161.
- LUGONES, M. (2008), "Colonialidad y Género", *Tabula Rasa, Revista de Humanidades*, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, N° 9, pp. 73-102.
- MALDONADO TORRES, N. (2007), "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto", Castro-Gómez, Grosfoguel (comp), *El giro decolonial. Reflexiones para una decolonialidad epistémica Más allá del capitalismo global*, Bogotá, Univ. Javeriana, Siglo del Hombre Ed, pp. 127-168.
- MIGNOLO, W. (2003), *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal.
- MIKDASHY, M. (2012), "Cómo no hacer estudios sobre género en Oriente próximo" *Revista Pueblos*, miércoles 28 de marzo, versión digital.
- MOYA, A.G. (2003) *Cielo de Tambores*, Emecé, Buenos Aires.

- PALERMO, Z. (1999), “J.M.Gorriti: escritura y legado patrimonial”, Amelia Royo (comp.) *Juana-Manuela, mucho papel*, Salta, El Robledal, pp. 111-149.
- PALERMO, Z. (2007), “La escritura letrada como proceso descolonizador” en Arancibia, Juana et al., *María Rosa Lojo: La Reunión de las Lejanías*, California: Instituto Literario y Cultural Hispánico: 65-78.
- PALERMO, Z. (2009), “De la colonización del género: lugar social del decir”, *Itinerarios*, Nº 10, *Homenaje a Pierrette Malczynsky*, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia, pp. 193-204.
- QUIJANO, A. (2000), “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Bs. Aires, CLACSO, pp. 201-246.
- ROYO, A. (Comp.) (1999), *Juana-Manuela, mucho papel*, Salta, Ediciones de El Robledal.
- ROYO, A. (2007), “Y germinó la novela: cuatro autoras en busca de canon”, M. Castellino (Coord.) *Literatura de las regiones argentinas II*, Mendoza, U. N. de Cuyo
- SCHMIDT, R. T. (2012), “Para além do dualismo natureza/cultura: ficções de corpo feminino”, *Organon*, Revista do Instituto de Letras de la UFRGS, Nº 52, vol. 27, *Interfaces, intervenções e descocamientos: a literatura comparada e os desafios do presente*, junio-julio, pp. 233-262.

